

Perros complicados

Emma Wolf

Ilustraciones de Pez





www.loqueleo.santillana.com

© 2013, EMA WOLF

© 2013, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4337-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: ALBERTO PEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Wolf, Ema

Perros complicados / Ema Wolf ; ilustrado por Alberto Pez. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

80 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4337-1

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Pez, Alberto, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Perros complicados

Ema Wolf

Ilustraciones de Pez

loqueleog

Un deseo

Dorotea va camino a la Ciudad Esmeralda, donde vive el maravilloso Mago de Oz.

Con ella van también su perrito Totó, el Leñador de Hojalata, el Espantapájaros y el León Cobarde.

Todos tienen algo que pedirle al Mago.

Dorotea le va a pedir que le indique cómo volver a la granja que era su hogar. El León Cobarde le va a pedir el valor que nunca tuvo. El Espantapájaros –que tiene la cabeza rellena de paja– quiere un cerebro para poder pensar. El Leñador de Hojalata, un corazón para volver a amar y ser feliz.

Totó también tiene un deseo, que los otros no conocen.



Le va a pedir al Mago que achique al León: desde que dejaron la granja donde vivían no ha vuelto a divertirse persiguiendo a un gato.



El coro de la escuela

Patas quiere cantar en el coro de la escuela y el profesor de música no lo deja.

El profesor se llama Monjardín. Cada vez que Patas se cuela adentro del salón donde los chicos están ensayando Monjardín lo echa:

—¡Ffsssh! ¡Ffsssh!

Cómo sabe Monjardín que Patas se metió en el salón es un auténtico misterio, porque el profesor ni siquiera lo mira, simplemente adivina que está ahí, escondido en algún rincón, y lo echa.

—¡Ffsssh!

Patas no entiende por qué Monjardín no lo quiere en el coro. Se rompe la cabeza buscando el motivo y no lo encuentra.

Es un coro mixto: quince varones y trece chicas. Para cantar se ubican en gradas

de madera. En la grada más baja están las primeras voces, hacia arriba siguen las segundas voces, las terceras, etcétera. En la más alta hay un par de chicos que tienen permiso del profesor para abrir la boca solamente, sin cantar.

Se ubican alineados, muy juntos y quietos, porque las gradas, además de angostas, son cortas y si hay descontrol los alumnos se caen para los costados o para adelante, entonces se rompen la cabeza o los de arriba aplastan a los de abajo. A pesar de estos peligros, Patas muere por subirse allí y cantar. A veces se agazapa debajo de los escalones esperando una distracción de Monjardín para pegar el salto, pero el profesor siempre es más rápido.

—¡Ffsssh! ¡Ffsssh!





Los chicos tienen onda con Patas, se divierten con él. Patas también tiene onda con ellos y no le molesta que de vez en cuando alguno lo abrace con la cabeza llena de piojos. Así que entre Patas y los chicos, todo bien. Si no fuera por Monjardín, podrían estar cantando todos juntos.

Patas no se pierde ningún ensayo. Cuando no está escondido adentro del salón, mira y escucha desde el ventanal que da al patio con el hocico pegado al vidrio.

Monjardín dirige el coro y toca el piano al mismo tiempo, algo que a Patas le parece extraordinario. No dirige con las manos porque las tiene ocupadas en el teclado, sino con la cabeza, más bien con el mentón. Para dar la entrada levanta el mentón, clava la mirada en el coro tres segundos como si lo hipnotizara y después baja el mentón de golpe. Entonces arranca la canción. Es un momento que a Patas lo emociona mucho.

A veces el profesor también canta, a su manera.

—¡Do, Do, Reeeeee, Re, Reeeeee, Miii, Sol, Soool, Faaaaaa!

Patas piensa que con ese “Do, Do, Reee...” no hace más que confundir. Pero bueno, él sabrá.

¡¿Por qué, por qué Monjardín no lo deja entrar al coro?! Patas imagina motivos. Los repasa una y otra vez:

Monjardín cree que le va a llenar el salón de pelos. Imposible: él no pierde pelos, apenas un poco en la primavera.

Monjardín cree que puede morder a alguien. Imposible: él no muerde seres humanos.

Monjardín cree que se va a olvidar la letra de las canciones. Se equivoca: Patas conoce el repertorio completo de memoria. En realidad toda la escuela y el vecindario conocen el repertorio de memoria.

Durante un tiempo Patas estuvo convencido de que el motivo era el idioma. Los chicos tienen dos horas de inglés por semana y una de las canciones que cantaban estaba en inglés: Monjardín no lo quería en el coro porque suponía

que pronunciaba mal. Si era por eso, se equivocaba otra vez: su pronunciación era tan buena como la de cualquiera de los alumnos.

Últimamente a Patas ya no le interesa el motivo, le da lo mismo, no importa, se cansó de buscar explicación a lo que no la tiene. Ahora lo único que quiere es entrar al coro, como sea, de prepo si es necesario, no busca más motivos, busca una treta. Basta de:

—¡Ffsssh! ¡Ffssh!

Una tarde, Patas, con el morro aplastado contra el ventanal del salón de música, los miraba ensayar la canción para el Día del Estudiante.

Los chicos habían propuesto una de Los Auténticos Decadentes que se llamaba “La guitarra”:

Yo no quiero trabajar,

no quiero ir a estudiar...

Quiero tocar la guitarra todo el díaaaaaa...

Pero Monjardín había decidido que “Corazón de tiza y pizarrón” era más adecuada.

Esa tarde estaban ahí, dale que dale, con la tiza y el pizarrón. Faltaba una semana para